

XII Certamen de Relatos Breves Mujeres 2017



XII Certamen de Relatos Breves
Mujeres 2017

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de esta edición 2017

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de los textos

Las autoras

Diseño portada

Luz Sánchez Aguilar (Pendiente)

Maquetación

Gráficas Sabater

Impresión

Gráficas Sabater

Depósito Legal

TF267-2018

ÍNDICE

- 09 Presentación**
María Luisa Zamora Rodríguez
- 10 Prólogo**
Izaskun Legarza Negrín
- 12 Unos Tacones Rojos y un sombrero con plumas**
Josefina Solano Maldonado
- 22 Vivir sin remolinos**
Antonia López Valera
- 28 De una vez por todas**
Susana Batalla Durán
- 36 Homínidos**
Patricia Guzmán Lacosta
- 42 La rebelión de las niñas**
Ainhoa Ollero Naval
- 46 La taza**
Gema Otero Gutiérrez
- 52 Invisible**
Lola Fernández Estévez
- 60 ¿Quién sabe lo que traerá la lluvia**
Rosario Galtier Vallejo
- 69 Jurado**

PRESENTACIÓN

Libertad de ser, libertad para estar

Hay palabras hermosas, por dentro y por fuera, palabras grandes como la montaña más alta y puras como la azucena; palabras que emocionan, que hieren y que halagan. Hay palabras ufanas y hay otras timoratas. Pero hay una que es todo eso y más: libertad.

Detrás de su aparente grandilocuencia, de su trazo tantas veces barroco, la libertad se puede abrir hueco de múltiples formas: en la literalidad o bajo el disfraz de la entrelínea, en el ejemplo o el discurso; en la acción o la experiencia.

Este libro que tiene en sus manos quiere ser, antes que nada, una aportación –humilde– al ejercicio de esa libertad; un pequeño homenaje a la palabra pensada y escrita por mujeres.

Porque solo habrá igualdad si antes se garantiza la libertad plena de la mujer: libertad para ser lo que desee, libertad para estar como quiera en el mundo. En todos los ámbitos, en todos los lugares.

¿Puede haber expresión más auténtica de esa libertad que aquella que nace del acto creativo, de la capacidad de imaginar o de fabular?

Ocho mujeres dan sentido aquí a esa aspiración en otros tantos escritos, galardonados en el XII Certamen de Relatos Breves Mujeres 2017. Textos en los que fluye el amor por la literatura pero que, sobre todo, ilustran un compromiso con la libertad creativa, pieza fundacional sobre la que asentar la Libertad, con mayúscula.

Que lo disfruten.

Maria Luisa Zamora Rodriguez
Concejala de Igualdad del
Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

PRÓLOGO

Relatarnos para vivirnos

*El Sentido humano se diferencia del sentido animal
en que se construye a partir de relatos, historias y ficciones.*
Nancy Huston, *La especie fabuladora*, 2017

Ha sido para mí un privilegio inesperado el encargo de escribir este prólogo para los relatos premiados en la Duodécima edición del Certamen de Relatos Breves Mujeres, convocado por el Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife. Un privilegio que agradezco como lectora porque me ha permitido, una vez más, reconocermme en lo relatado, encontrarme en las fabulaciones de otras mujeres, y ampliar mi sentido vital como humana que soy.

Estoy firmemente convencida de que estos certámenes son necesarios para paliar las desigualdades e injusticias que caracterizan a nuestra sociedad, a nuestro mundo, en lo que se refiere a nosotras, las mujeres. También lo estoy de que, como argumenta **Nancy Huston** en el espléndido ensayo citado al inicio de estas líneas, la fabulación, la capacidad para narrarnos, la ficción, es lo que nos diferencia del resto de los seres vivos con los que compartimos planeta.

Y si es la fabulación lo que nos dota de sentido, debemos convenir, porque así lo muestra la Historia, que hemos sido las mujeres las creadoras de ese sentido, las tejedoras de historias, las transmisoras de vida humana (y no solo biológica). Porque las mujeres, basta pensar en nuestras abuelas, han inventado y verbalizado cuentos para abrirnos el camino, han arrullado nuestros sueños con nanas tranquilizadoras, y nos han advertido de los peligros que nos acechan mediante relatos, más o menos escabrosos, que se han transmitido durante generaciones. Pero claro, la mayoría de las ficciones a las que he hecho referencia se contaban sin escribirse, algunas nunca fueron escritas y otras fueron escritas por hombres, dando la engañosa sensación de que no hay mujeres literatas.

Lo cierto es que, de nuevo la Historia lo muestra, las mujeres de todos los tiempos han tenido, hemos, más dificultades que nuestros compañeros varones para acceder a la educación y a la escritura. Hoy en día

las cifras de analfabetismo siguen siendo más altas entre las mujeres que entre los varones, sigue habiendo países donde el acceso a la educación está vetado a las niñas, y seguimos siendo las mujeres las más afectadas por la pobreza. Son las cosas del patriarcado.

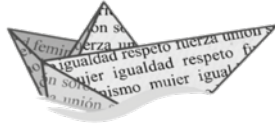
Pero también es cierto que en todos los tiempos, pese al patriarcado, ha habido mujeres escritoras, mujeres que dieron el salto de la narración oral a la ficción escrita, mujeres que se nombraron en femenino en sus creaciones o que se ocultaron con pseudónimo masculino para ser más leídas (sigue ocurriendo hoy). Mujeres que precedieron a las que hoy escriben y que constituyen una genealogía que el canon se ha encargado de borrar. Escritoras de todas las épocas y lugares, como **Enheduanna**, como **Саfo**, como **Murasaki Shikibu**, como tantas y tantas otras que tenemos que rastrear y recuperar, que no aparecen en los manuales de literatura, que se han silenciado, pero que fueron y contaron. Escritoras en las que nos reconocemos y recreamos, como lo hacemos en las que hoy en día nos narran y de las que tenemos un buen ejemplo en este volumen.

Este libro recoge ocho relatos, de ocho mujeres de diversas edades y procedencias. Ocho relatos que, siendo muy distintos, contribuyen todos ellos a dotar de sentido a nuestra vida, porque los ocho fabulan desde el sujeto mujer y ficcionan a mujeres protagonistas que rezuman vida propia. Encontramos en ellos a abuelas y nietas, a mujeres que vivieron la terrible experiencia de los campos de concentración nazis, a hijas que se solidarizan con sus madres, a científicas que observan homínidos,... Encontramos historias al aire libre (junto al lago, en la playa, en el campo), y también historias que transcurren en lugares cerrados (el teatro, la casa). Relatos que hablan de viejas heridas, de invisibilidad, de poder, de rupturas y de amores. Historias en que la voz narradora está fuera, muerta incluso y habla en tercera persona; y otras en las que el yo cuenta, a través de un diario, por ejemplo, y están escritas en primera persona. Relatos, todos, de enorme solidez, que estoy segura harán las delicias de lectoras y lectores. Relatos, ficciones, fábulas, de escritoras que espero sigan creando y contando porque, vuelvo a **Nancy Huston**,

“Para disponer de un yo es preciso aprender a fabular”.

Espero que ustedes, como yo, puedan vivirse a través de estos relatos.

Izaskun Legarza Negrín
Librera



PRIMER PREMIO

*Unos tacones rojos
y un sombrero con plumas*

Josefina Solano Maldonado

Josefina Solano Maldonado

Licenciada en Filología Clásica y Filología Hispánica. Su trayectoria como escritora ha contado con el reconocimiento de autores tales como Ignacio Martínez de Pisón o Luis Antonio de Villena.

Ha sido premiada en numerosos Certámenes Literarios a nivel Nacional e Internacional. Podemos destacar el Premio Internacional de Narrativa "Vivir" donde su obra obtuvo por unanimidad el voto del jurado que destacó su altísima calidad narrativa. En el Premio Internacional de Narrativa "Ciudad de Torremolinos" su obra logró imponerse entre seiscientos veintidós autores de más de veinte países. Por citar algunos otros premios reseñamos el Premio Valladolid, el Premio de Narrativa "María Teresa Rodríguez" del Lar Gallego de Sevilla, el Premio Internacional de Cuentos "Lenteja de Oro" (Salamanca) o el Premio Internacional de Cuentos "Encarna León" (Melilla).

Unos tacones rojos y un sombrero con plumas

1º PREMIO

“Las mujeres no nos hemos hecho valer como los hombres. La gente no sabe que también hubo españolas en los campos de Hitler.”

Neus Català (Deportada)

Llevo cincuenta años dormitando en el hermoso abismo de la eternidad, y hoy me he puesto mi mejor vestido para venir a recibirte. He sacado el sombrero con plumas, calzo los tacones de charol rojo, los mismos con los que inicié mi camino hacia la estada imperecedera del paraíso. Así te gusta a ti llamarlo, querida Lili, porque aquí se vive en sentido inverso al llanto, nadie grita a nadie, no necesitamos convertirnos en héroes y adornar con vacías florituras nuestra razón de ser.

Afortunadamente, tú pudiste regresar a casa, fuiste una de las supervivientes del campo de concentración para mujeres “El Puente de los Cuervos.” Ahora vienes cada año para arrojar flores a la plata cenicienta del lago donde tuviste también que arrojar mis cenizas. Y yo, sentada en la orilla, te espero para recordar una guerra que nos arrastró hasta este lugar de cieno y nieve. El campo era los barracones donde nos apretábamos como reses, las paredes carcomidas, la nauseabunda sopa que no alcanzaba para todas, los gritos de las guardianas, el trabajo extenuante, las epidemias, la hambruna... Te duele el mundo donde estuvimos, los meses que aquí pasamos donde los días eran una especie de llanto inconsolable, un montón de nada acumulándose en nuestros ojos. Éramos dos muchachas que de repente habían despertado en un mundo nuevo, extraño, y cruel. Me acuerdo del día en que me dijiste que no deberíamos haber huido a Fran-

Unos tacones rojos y un sombrero con plumas

cia, que lo verdaderamente extraordinario hubiera sido quedarnos en Granada para hacer frente a las circunstancias. Ignoro si querías conmovirme o provocarme, tal vez lo decías en esos momentos de ahogo en que te dabas cuenta de que la supervivencia era cada vez más complicada. Pero en el fondo sabes que si nos hubiésemos quedado nos habrían fusilado. Nunca nos habrían perdonado que formáramos parte de La Barraca, y fuésemos recorriendo muchos pueblos de España con nuestro teatro ambulante. A Lorca no se lo perdonaron, compañera, ni eso, ni su poesía, ni su condición. Nosotros tampoco éramos las hembras decentes que vestían de organdí y pasaban la vida bordando y rezando, esperando que un pretendiente las convirtiera en esposas y madres. Sabes que nosotras en Granada no éramos más que dos mujerzuelas del espectáculo que les habíamos llenado la cabeza de pájaros a muchos aldeanos. Aunque bien sabes que aquellas pobres gentes nada tenían de reaccionarias, estando como estaban preocupadas en buscarles a sus hijos un trozo de pan para acallarles el estómago. ¿Te acuerdas? Cuando llegaba el teatro a sus miserables pueblecitos, a sus pobres aldehuelas, a sus villorrios olvidados, pudimos ver en sus ojos una suerte de encantamiento que les hacían crear la historia de otros mundos fuera de la penumbra en la que vivían. Daba igual que representáramos a Lope, a Calderón, a Cervantes... Todos contemplaban la obra con entusiasmo, y aplaudían largo rato cuando acabábamos. Los que formábamos parte de las Misiones Pedagógicas no teníamos otra intención más que acercar un poco de ilusión y conocimiento a todos estos desheredados. Ellos aceptaban su miseria con la resignación de quien presiente la inutilidad de toda rebeldía. Nuestra llegada era un soplo de aire fresco, algo fascinador. Recuerdo, igual que tú, las caras animadas de aquellas mujeres renegridas por el sol, la emoción de aquellos niños delgaduchos que se mantenían en silencio durante toda la representación, la impresión de los hombres de campo que abandonaban la rutina para asistir a un espectáculo único para ellos. Éramos calurosamente acogidos cuando llegábamos y desconsoladamente despedidos al marcharnos. Volvíamos al camino bajo soles y lluvias, hacia otro pueblo perdido en mitad de los montes, en mitad de la meseta, en mitad de la nada.

La guerra le dio la vuelta a todo. Aquellos desgraciados, aterrorizados cuando se acercaban las tropas, escondían los huevos en las tejas del desagüe, encerraban los puercos, con los hocicos atados, en las arcas de los ajuares, y bajaban sus gallos a la noche de sus bodegas. Trataban a toda costa de preservar sus únicas posesiones. ¿Crees que en aquellos momentos se acordaban de nosotros? ¿Qué clase de ideas revolucionarias les inculcó La Barraca? ¿Por qué nos convertimos en unas apestadas que tuvieron que exiliarse a Francia? De misioneras pasamos a ser las putas del teatro ambulante, las indecentes, las sediciosas, las malnacidas. No tuvimos más opción que exiliarnos a Francia, mi querida Lili.

Vivimos nuestros primeros meses en París como dos larvas, esperando que el tiempo pasara, imaginando que un día, al despertar, todo sería distinto. Pero esa espera era inútil, y aquella pasividad nuestro castigo. Decidimos unirnos a la Resistencia para darle a nuestras vidas una razón de ser, una fuerza moral. Nos aliamos con los maquis. Estos hombres parecían estar siempre al límite de sus fuerzas, pero siempre tenían el valor de continuar. Las noticias del avance alemán eran continuas. Salvamos muchas vidas informando a nuestros compañeros de los movimientos que daban los alemanes. Fuimos detenidas durante la ocupación francesa. Nos pillaron llevando planos a los "quemados" que eran los perseguidos por la Gestapo.

Pasamos un mes en la cárcel de Fresnes, y allí todavía seguíamos creyendo en un proyecto de rebelión. Cuando nos obligaron a montar en un vagón de ganado rumbo a Alemania, nuestras expectativas de futuro comenzaron a desintegrarse, devoradas por un murmullo de voces crispadas, por un chirrido de ejes que aplastaba sobre las vías la libertad que nos quitarían ya para siempre. Porque desde aquel momento ninguna consiguió jamás ser libre, ni siquiera tú que sobreviviste, nadie puede conquistar la libertad absoluta cuando vive en su memoria la historia convulsa de su pasado.

¿Recuerdas cuando, tras cinco días de viaje, llegamos a la estación de Fürstenberg? Estábamos exhaustas, unas cuantas compañeras habían muerto en el trayecto. Fuimos recibidas por los

SS, armados con metralletas, provistos de perros de caza que habían sido entrenados para atacar. En el andén nos distribuyeron en filas de a cinco, y sobre una espesa capa de nieve tuvimos que ir caminando hasta el Campo de Concentración del Puente de Los Cuervos. El viento negro que soplaba aquella tarde se nos metió en los ojos y en el alma. Cuando entré en el barracón cerré los ojos hasta sentir que me dolían, hasta no sentirlos. Fue grande nuestra soledad, nuestro desamparo. Nos vimos entre un puñado de mujeres hambrientas, anémicas, pálidas, tuberculosas, sucias de sangre y polvo, apestando a excremento y vómitos. Todas aglutinadas en las literas que parecían sepulturas abiertas. Avanzamos hasta el fondo, donde otra española, que ya llevaba allí dos meses, nos hizo sitio. Nuestra querida Neus ¿Te acuerdas de ella? Gracias a su ayuda pudimos soportar aquella enorme desolación. Neus insistía en que teníamos que ser fuertes. No podíamos dejarnos vencer. La vida en el campo era algo que había que construir, levantar, y sostener con ayuda de todas. Ella y otras dos deportadas francesas nos hicieron mil advertencias respecto a las guardianas, esas bestias rubias con ojos azules capaces de las mayores atrocidades. Y así empezamos nuestra lucha silenciosa, nuestra ofensiva en mitad del infierno. Nos convertimos en las dueñas de algo que los nazis no lograban capturar ni con sus torturas, ni con sus golpes, ni con sus prisiones; una fuerza que les resultaba escurridiza y que poníamos de manifiesto en la fabricación de panfletos sobre el avance de la guerra, en la creación de una pequeña biblioteca en nuestro barracón, en las charlas que manteníamos, en las canciones que cantábamos, en los diarios que escribíamos. Teníamos que hacer todo lo posible para preservar nuestra identidad, para ser algo más que tristes animales de carga que después de explotados acababan en el crematorio. Tras las extenuantes jornadas de trabajo en las fábricas textiles, volvíamos al barracón agotadas. Sin embargo, nos habíamos propuesto dedicar al menos diez minutos a nuestra causa. Tú siempre recitabas los versos de alguno de los personajes que habíamos interpretado en La Barraca, a mí me fascinaba recordar poemas de nuestro querido Federico. Las compañeras nos leían en voz alta algún párrafo de los libros que guardábamos, a veces cantábamos juntas hasta que apagaban las luces. Yo estuve durante tres días guardando mi pan

para cambiarlo por lápiz y papel. Tener la posibilidad de escribir era una motivación grande, y yo necesitaba hacerlo. Tú pensabas que algún día yo escribiría un libro contándolo todo, sin que me quedara nada por dentro: las barracas todas, las mujeres todas, los golpes, las heridas, las mañanas muertas, el uniforme de rayas, los zuecos de madera, nuestras pequeñas revoluciones... Pensabas que aquel diario que había iniciado encerraba todos nuestros tormentos, nuestros llantos, nuestros sueños secos. Y sí que estaban todas nuestras tristezas, pero también nuestras bienaventuranzas. En mis escritos estabas tú, Lili. Sabes que te quise siempre. Desde que empezamos a actuar en La Barraca tuve un sentimiento hacia ti que sobrepasaba el de la pura amistad. Yo enloquecía con tu pelo que olía a lavanda, y que tantas veces te recogí con una cinta verde; me gustaba perderme en el fondo negro de tus ojos que eran como un arroyo tranquilo. Me inventaba entre tus brazos, anudada a tu cintura, hospedada en tu corazón. Cuando llevábamos unas semanas en el campo me di cuenta de que mi fuerza estaba en ti. Allí amar era seguir buscando la evocación de un perfume de flores, los cabellos en la cabeza rapada, la tersura de una piel castigada por el trabajo. En el campo amar era una pasión callada, una renuncia, una escapada, un todo que se ordenaba hacia un intento de plenitud, de ser. Y eso es lo que escribía en mi diario, Lili, escribía una historia nuestra, de las dos. Te esperaba cada noche en la litera que compartíamos para abrazar tu cuerpo menudo, para protegerte, para recitarte al oído los versos de amor que nos enseñó Lorca. Y así conseguía durante un rato desplomar las sombras, soñar el futuro, apartar de mi mente tanto martirio. Y aunque mis ojos hablaban y los besos solamente saben a besos no querías aceptar los que te daba, y sostenías una pelea continua entre tus ideas y tus acciones, entre lo moralmente correcto y lo realmente sentido. Aún sin encontrar el por qué tú también me querías, en aquellos instantes no pensabas en Darío, el pretendiente que habías dejado en París; en aquellas noches largas de frío y nieve también tú apartabas las penumbras rodeando la leve curva de mi cintura. ¿Acaso no te dolió mi partida? Tuve que irme demasiado pronto. Enfermé gravemente de neumonía y en cuanto las guardianas se dieron cuenta de mi estado me inscribieron en la lista de todas las mujeres que iban a ser fusiladas. En el campo, todas las que no

servíamos para trabajar, éramos asesinadas. Habíamos dejado de ser rentables para el III Reich.

Cada mañana, antes del recuento, intentabas disimular mi estado. Me pellizcabas las mejillas para que estuvieran encarnadas, y me untabas en los labios un poco de aquella resina roja que te daban las polacas. Me guardabas tu ración de pan, incluso conseguiste para mí un vaso de leche de los que daban a las pintoras para evitar la intoxicación. Pero cada día me sentía más débil, no podía soportar tanto trabajo, tantos golpes. Tenía ya el cuerpo roto y el alma extenuada. Recuerdo nuestro último domingo juntas. Volví a ponerme el sombrero de plumas, este que hoy traigo; me calcé los tacones de charol rojo que nos habían traído las chicas encargadas de la clasificación de las ropas de las deportadas. Actué contigo por última vez como en los mejores tiempos de La Barraca. Luego todo sucedió vertiginosamente: las selecciones de la guardiana, el alba, el paredón, los fusiles apuntando, las balas atravesándome, los párpados vencidos, el aliento agotándose, las llamas del crematorio ... Ya era sólo un puñado de cenizas que tú misma arrojaste al lago donde ahora te espero. Sabes que aquí el viento reparte lilas y crisantemos a los muertos que nadie conmemora, a las mujeres que se quedaron para siempre sin nombre. También yo soy el punto muerto de un recuerdo, una mujer que creció acumulando sueños y murió con todas las ilusiones destrozadas. He dejado una breve memoria transitoria en ti que sobreviviste, un poco de ceniza asentada en el fondo del lago y más nada. Tú vienes cada año y yo te espero, sentada en la orilla, para revivir, colmada de nostalgia, nuestra firme alegría. Porque también aquí hubo momentos de pura felicidad, Lili, y ahora, que volvemos a hablarnos con el alma, no puedes negarlo. Oigo tu piel igual que el murmullo de esas flores que arrojas al agua, siento el olor a lavanda de tu pelo, te conozco por dentro porque sigo estando hospedada en tu corazón. Sé cuánto me quisiste, sé que te faltó un beso último, sé que tus brazos rodearon un vacío cuando sólo fui ausencia. Pero no basta ser recuerdo, Lili, debes aceptar por fin que una vez me amaste tanto como yo a ti, porque amar es despoblar los ojos de fantasmas, darles brillo, aceptarse. No tienes que sentirte culpable por ello. No temas. No tienes por qué seguir callando.

Cuéntaselo a todos, Lili, diles que besar los labios de otra mujer nunca fue pecado. No tengas miedo, Lili, no tengas miedo...

* * *

-Abuela ¿Por qué estás arrojando las flores al lago? Debías haberlas dejado en el monumento erigido a las víctimas del campo.

-Es aquí donde deben estar, mi niña.

- ¿Por qué aquí, abuela Lili?

-En este lago termina y comienza una historia. ¿Sabes que bajo estas aguas reposan las cenizas de un gran amor?

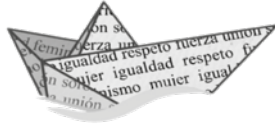
-No sabía que te hubieses enamorado de un hombre en El Puente de los Cuervos, abuela. Creía que el único hombre de tu vida había sido el abuelo Darío.

-No era un hombre, era una mujer. Se llamaba María. En aquellos días de nieve y desamparo yo me abracé a su cuerpo y la quise. En aquellas noches oscuras toda la vida se concentraba para mí en su cintura, en sus palabras, en sus manos que acariciaban mi pelo. Ella se convertía en el centro del mundo, en la única razón para seguir adelante en mitad del infierno. Ahora puedo confesártelo sin recelo. Viví siempre presa de remordimientos, negando la existencia de un amor que fue hermoso, y que me ayudó a salir viva del campo. No puedo avergonzarme de eso, porque amar a otro ser humano nunca puede ser algo vil. Me alegro de no haber muerto todavía para poder por fin contarte que el beso de una mujer es la única referencia que tengo del paraíso posible y verdadero. Mira, niña, allí está María, sentada en la orilla. Se ha puesto el sombrero de plumas y los tacones rojos, ha venido a recibirme como siempre. ¡Qué guapa está! Vamos a buscarla...

-Abuela, yo no veo a nadie, no hay nadie en la orilla.

-Vayamos, me está saludando con la mano, nos espera.

Malena, la nieta de Lili, agarra a su abuela por el brazo y camina hacia el borde del lago. La demencia senil empieza a hacer estragos. Aunque Lili pierde la noción del tiempo presente con bastante frecuencia, sin embargo, recuerda su pasado en El Puente de los Cuervos con extraordinaria lucidez. Malena no la contradice, y la lleva al lugar donde dice que está su compañera de barraca esperándola. Cuando llegan, Lili le pide a su nieta que la deje a solas un momento. A unos metros de distancia la muchacha la contempla haciendo aspavientos con las manos, hablando en voz baja, sonriendo a la mujer de humo que sólo ella ve. Malena no llora, pero siente una gran tristeza cuando ve a su abuela reencontrándose con los fantasmas de aquel pasado terrible. Después de un rato Lili dice adiós a la mujer invisible del lago. Malena observa por el barro de la orilla las pisadas de unos zapatos de tacón, sí, son las huellas de unos tacones junto a algunas plumas que han debido caerse de un sombrero.



ACCÉSIT MEJOR
AUTORA LOCAL

Vivir sin remolinos

Antonia López Valera

Antonia López Valera

Nació en Bullas (Murcia), el 29 de octubre de 1972. Realizó los estudios de Filología Hispánica en la Universidad de Granada, dedicándose a la labor docente en diferentes institutos de la geografía andaluza (2000-2017). En la actualidad es profesora de Lengua y Literatura en el IES. Alcalde Bernabé Rodríguez de Santa Cruz de Tenerife.

Ha participado en diferentes congresos, mesas redondas, ponencias, charlas... siempre desde el ámbito educativo, en torno a la literatura y desde una óptica crítica feminista. Así, por citar solamente el primero y el último: en 2011 participó en un Proyecto de Innovación Educativa con la elaboración de materiales didácticos sobre poesía: Mujeres poetas en los años 80. Y, en octubre de 2016 la charla impartida a alumnado y profesorado del IES. Federico García Lorca (Churriana de la Vega) titulada Lesbianismo y literatura.

En la actualidad, se encuentra realizando la tesis en el Instituto de Investigación de Estudios de las Mujeres y de Género de Granada en torno a la poesía de Cristina Peri Rossi desde una perspectiva crítica literaria feminista y lesbiana.

Como poeta ha publicado una plaquette en el 2009, con el título de Sueño un camino en libertad. Y en 2014, su primer poemario con el título de Remolinos en septiembre.

Vivir sin remolinos

ACCÉSIT MEJOR AUTORA LOCAL

La noche de solsticio del año 2008, una niña rubia a quien yo conocía del pueblo se me acercó en la playa de Garrucha y me preguntó por qué estaba tan sola. Yo le dije que no, pero sí; aunque ella creo que no entendió nada.

—¿Cuál es tu deseo? —Continuó preguntándome. Pero yo estaba tan llena de vacío que ni para desear me quedaba sitio.

—Si no piensas un deseo, se te pegarán a las manos las cenizas de Judas todo el año. —Y como yo seguía callada, mirándola con mis ojos pasmados, se marchó dando vueltas como un molinillo y riendo.

Mientras explotaban los fuegos artificiales lloraba y lloraba... Sabía cuál había sido mi pasado y cuál estaba siendo mi presente, pero no podía ni imaginar lo bonito que podría llegar a ser mi futuro. Si en ese momento me lo hubieran dicho, habría soltado una carcajada que hubiera llegado a los cuatro puntos cardinales del globo terráqueo.

Al día siguiente me presentaba a un examen de oposición, así que estaba claro cuál iba a ser mi deseo. Y mi deseo se cumplió. Pero durante diez años —diez años es mucho tiempo—, mi pareja me había grabado a fuego que sería toda la vida interina, que no aprobaría en la vida porque, por supuesto, donde se pusiera su inteligencia que se quitaran todas las del mundo. Nunca me pegó, nunca tuvo una palabra más alta que otra, nunca me decía en público, en esos entornos amistosos, “las cosas bonitas” que me cantaba al oído en la cama. En aquel tiempo estudiaba medicina y la única receta que recibí de su parte fue una tableta de chocolate mientras se marchaba con otra.

La importancia de encontrarte con la pérdida es que el tiempo te dice todo lo que has ganado, y yo gané un trabajo estable que me iba dando independencia económica y con ella me fui gestionando el resto de dependencias que me habían hecho callada, sumisa, abnegada y ... triste.

Mi abuela siempre me decía: –«lo importante es que tú te “entres” bien» y yo la corregía: –«“encuentres”, abuela, se dice “encuentres”». Ella me espetaba que, si yo la entendía, para qué quería corregirla, “esa maldita manía de la juventud” –rezongaba.

Cómo me gustaría tenerla ahora a mi lado, como siempre, sentada en su sofá con las gafas casi caídas y su aguja de ganchillo entre las manos temblorosas y esos dedos que marcaban el paso del tiempo. Esas manos con las que, conforme va pasando el mío, aprecio más y más un enorme parecido.

Si la tuviera a mi lado le diría que al final, como siempre, ella tenía razón, que para ser feliz, para estar bien, hay que “entrar” en una misma, hay que descubrirse desde las profundidades que alberga nuestro corazón y llegar a nosotras desde nosotras. Prometo, abuela, no corregirte nunca más.

El tiempo pasó, me sentía orgullosa de quien era, de la persona que había sido capaz de construir, de las relaciones que había establecido. Cada año era una apuesta más hacia el crecimiento.

En las noches de San Juan apostaba por un deseo que me hiciera poquito a poco más libre y feliz. Y me podréis decir que mis deseos no son nada originales, que en ellos no hay nada nuevo. Os confesaré algo más, me imagino a todas las personas esa noche pidiendo lo mismo; no me preguntéis por qué... Cada una con su vida, con sus cuerpos, con su familia, con sus tareas, con sus preocupaciones, con sus inquietudes, con sus amores y desamores, con sus temores, con sus fracasos y sus aciertos...

Es la vida que fluye y confluye, que se repite sin ser igual para todos. Y así llegó un año más y un solsticio de verano nuevo, y una niña de no más de siete años, de pelo castaño y ojos del color de la miel, se me acercó en playa Chica y me preguntó que si ya había pedido mis deseos, tarea en la que yo estaba absorta, y le dije que no.

Ella me facilitó la tarea. –Si quieres te cuento yo los míos. Y sin esperar respuesta me dijo: “Son cinco”. Yo me sonreí: –Siempre habían sido tres. –¿Eso dónde estaba escrito? –me preguntó-. Y mi carcajada fue tan sonora que hasta las olas se asustaron.

La niña continuó su relato: –Primero, he pedido ser un león – será una leona, le dije=. Enarcó las cejas por unos segundos y

después asintió con la cabeza; el segundo deseo es tener una casita de caramelos y gominolas con muchos sabores y muchos colores; el tercero, que su abuela le tejiera una bufanda arco iris porque le encantaba; cuarto, que a su hermana le fueran bien las cosas en la vida –se iba a estudiar fuera– y pensaba que, aún no se había ido y ya la estaba echando de menos.

Al grito de sus primas, la niña se fue sin despedirse. Le faltaba un deseo, y me quedé pensando cuál podría ser –el suyo y el mío–.

Entre las hogueras y el rumor del mar me sentí arropada y logré vislumbrar cuál había sido el sentido de mis pérdidas y ganancias y os diré lo poquito que perdí y lo mucho que gané.

Perdí porque en casa solamente planchaba yo, porque me encargaba de las tareas sin pedir nunca nada; porque fuera de casa buscaba continuamente restaurantes y eventos culturales para agradar, olvidando lo que a mí me gustaba; perdí porque comencé a sentir que mi cuerpo cada vez estaba más triste y por eso y por otras muchas cosas sentía que me empequeñecía. A la vez gané la fortaleza de sentirme transparente conmigo misma; gané miles de sonrisas y belleza acumuladas en el corazón; gané la independencia, una vez más. De ese modo yo me iba sintiendo cada vez más y más grande.

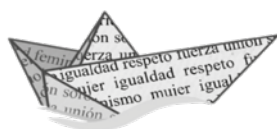
Se me agarró la tristeza al estómago, lloré todo lo que no se sabe que se puede llorar y volví a sonreír porque... la niña volvió, a ella no se le había olvidado que le faltaba por contarme uno de sus deseos, “el más importante”, según decía.

Con lágrimas en los ojos, le pregunté, y esa noche, la noche del solsticio de verano de 2017, una niña de no más de siete años me dijo: *Vivir sin remolinos*.

Le sonreí y volví a preguntarle como si de una gran maestra se tratara:

–Pero... sin remolinos, ¿dónde?

A lo que, con aire perplejo, la niña me ganó la partida y pronunció sus sabias palabras: «En la vida, dónde va a ser, en la vida».



PRIMER ACCÉSIT PUBLICACIÓN

De una vez por todas

Susana Batalla Durán

Susana Batalla Durán

Licenciada en Comunicación Audiovisual, he ejercido de guionista y jefa de producción. Tras realizar el itinerario de cuento en la E.E. Ateneu, obtuvo el VII premio de prosa Miquel Arimany (2016).

De una vez por todas

PRIMER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

De camino al teatro el bochorno les aplastaba contra el asfalto monótono y gris, o así lo sentía Alicia, y una nube blanca, tendida sobre sus cabezas, proponía tormenta. En la puerta de cristal, un cartel de colores chillones anunciaba la representación del día. Una vez dentro, el griterío de niños y niñas hacía del vestíbulo una suerte de espacio límbico donde tan sólo contaba la satisfacción de los pequeños, mientras los adultos, abnegados, posponían sus tareas todavía un poco más: terminar el proyecto de arquitectura, cocinar para toda la semana, tender dos lavadoras. Y lo hacían, a pesar de todo, porque era en las miradas infantiles, llenas de chispa y curiosidad, donde sus corazones paternales se ensanchaban y sus vidas cobraban sentido.

Alicia fijó sus ojos, con ternura, en la pequeña Claudia, que, erigida y coqueta, entraba en la sala detrás de su padre, Andrés, quien localizó tres buenos asientos en platea. Alicia apoyó su chaqueta en el respaldo y, al levantar la cabeza, su mirada tropezó con la nuca, seguida de un cuerpo de hombre mayor que vestía camisa, pantalones de pana y zapatos de cordones y que, de pie y de espalda, buscaba algo en una bolsa de mano. Los ojos de Alicia se detuvieron de nuevo en el cogote, aquel cogote que tantas veces había visto ante una pizarra y que ahora, treinta años después, había reconocido de forma inequívoca. Y una grima vieja le subió por el estómago hasta helarle el gesto.

Antes de sentarse con la pesadez de quien empotra en el asiento un peso muerto, el hombre se dio la vuelta y Alicia pudo verle la cara. Y, desde las catacumbas de la memoria de las entrañas, como una bocanada de bilis, un nombre acudió a su boca: padre Nicasio. Ni rastro del hábito, ni del alzacuellos. Le acompañaban una anciana y una niña algo más pequeña que Claudia. El viejo sentó a la niña en su regazo. Levantaba rítmicamente los talones para hacerla brincar sobre sus rodillas y, al final de lo

que debía ser una canción infantil, estalló en una carcajada que a Alicia le pareció grosera y sucia.

—¿Mamá, me das agua?

—Sí, cariño, está en la bolsa que lleva papá. Andrés, pásale el agua a la niña, por favor.

Parecían dos ancianitos modélicos, allí sentados, con su nieta... ¿De dónde salía aquella repentina familia?

—Mamá, está a punto de empezar.

Se apagaron las luces del patio de butacas y únicamente quedaron los focos del escenario para mostrar a una Cenicienta marchita, con mucho colorete en las mejillas y que, sentada en una silla junto a un gran montón de ropa, cosía el dobladillo de un mantel.

Los ojos de Alicia ya se habían acostumbrado a la oscuridad y se volvió para mirarlo. Seguía con la niña sobre las rodillas y la abrazaba como lo haría un abuelo bueno y cariñoso. Los años le habían rellenado las mejillas y el poco pelo que aún le quedaba formaba un cerco alrededor de la calva, pero Alicia todavía veía al mismo hijo de puta.

Como una ráfaga de aire, irrumpió la madrastra en escena:

—¡¿Quieres hacer el favor de espabilar, holgazana?! ¿Has visto la cocina? ¡Parece un bufete de cabras!

Sus ojos eran los mismos. Le pareció volver a verle sacar el rosario del cajón, en un ritual que indicaba el comienzo de otro día fatídico.

—¿Cómo te atreves a formular una pregunta tan estúpida? En esta santa escuela no deberían haber permitido jamás que entrase el género débil. ¡Si por lo menos tuvieseis el don de la modestia y la discreción! Aprended que lo único que podéis hacer para servir a Dios es callar y obedecer.

¿La estaba mirando? Tal vez se había percatado de que le observaba, quizás la había reconocido... Se le encogió el estómago un poco más.

—Pero tú qué te has creído, mocosa? ¿Que vivirás aquí de regalado? Cose más deprisa y no me mires a los ojos cuando te hablo. ¿Me oyes?

—Si no le miraba a los ojos, padre Nicasio.

—¿Me estás replicando?

—No, padre

Colleja.

—La mujer es una burra tozuda, un gusano terrible en el corazón de la humanidad. Hija de la mentira, centinela del infierno. ¡Ella fue quien expulsó a Adán del Paraíso! Pequeña semilla del mal... ¿Entiendes tu culpa?

—Sí, madrastra.

No, no la había reconocido. Estaba ensimismado, parecía disfrutar de la representación.

Alicia se frotó las manos. Sentía el frío salirle de los huesos, treparle hasta la piel y erizarle el vello. Se puso la chaqueta sobre los hombros.

—¿No te dije que permanecieras callada, Alicia Duarte? ¿Quieres que te golpee en los dedos? Me parece que sí que quieres... Te espero después de clase en mi despacho.

—Alicia, no dejas de moverte y de darte la vuelta. ¿Qué te pasa?

—Nada, Andrés, perdona.

Todavía podía ver sus mejillas encendidas y cómo la ira multiplicaba su fuerza cada vez que volvía a levantar el brazo:

—¿Qué? ¿Duele? ¡Los dedos rectos y juntos! Te quedan ganas de replicar, todavía? ¿Qué es este charco? ¿Te has meado encima? ¡Qué asco! Márchate. Y no te quites las bragas. Irás todo el día mojada: que todo el colegio se dé cuenta del hedor que desprendes.

Tenía las mejillas heladas y una gota de sudor bajaba por su frente. Como si pudiera sentir su congoja y sin apartar la vista del escenario, Claudia le cogió la mano con su manita caliente de dedos carnosos, devolviendo a Alicia al presente y conmo-

viéndola sobremanera. Un puñado de lágrimas indisciplinadas le calentaron las mejillas.

—¿Al baile quieres ir? ¿Tú? ¡Ha ha ha! ¡Qué ocurrencias! La mosca muerta en el baile... ¿Qué son esas ínfulas de gran señora? ¿Quién te has creído que eres? No ves que las mujeres no tienen el sentimiento ni la inteligencia de la música, como tampoco tienen el de la poesía ni el de las artes plásticas? Reflexionad: nunca el segundo sexo ha podido producir una obra completa y original, fuere en el ámbito que fuere. Como decía el amigo Schopenhauer, las mujeres son criaturas de ideas cortas y cabellos largos. ¿Lo has entendido, Alicia Duarte?

Alicia estaba empezando a marearse. La carroza apareció en escena y ella sintió las sienas latirle intensamente mientras sonaban los primeros acordes de piano que anunciaban el baile.

—Mamá, ¿y si se olvida de que a las doce se tiene que ir?

Alicia sintió un tirón en la manga:

—¡Mamá!

—Claudia, perdona, dime.

—¿Y si se olvida de que a las doce se tiene que ir?

—No se olvidará, porque oírás las campanadas.

Por fin la representación llegaba a la coda y el zapato se convertía en la pieza más anhelada del rompecabezas de la vida de la —hasta entonces y habría que verse después— desdichada Cenicienta, y encajaba, ansioso, en su delicado pie. A continuación, desfilaban fiestas y celebraciones, y todos los personajes bailaban cogidos de la mano, incluidas la madrastra y sus dos hijas de abotargadas y verrugosas narices.

A Alicia se le quedó una sensación de estómago revuelto muy desagradable. Se encendieron las luces de platea y los espectadores dejaron de serlo. Algunos bostezaban, otros se iban más o menos entumecidos. Nicasio estaba junto a la puerta que daba al vestíbulo, con su supuesta mujer y su presunta nieta, que, de la mano, se dirigían a los excusados. Se quedó solo. Tenía que ser ahora, o nunca.

—Andrés, quédate con Claudia, por favor. Nos encontramos fuera, en la puerta principal.

—¿A dónde vas?

Lo interceptó en el vestíbulo y se plantó delante de él. En un instante se le secó la boca y se reconoció incapaz. Y escuchó una voz, que era la suya:

—Padre Nicasio.

—Se equivoca. No soy cura.

—Tal vez no lo sea, pero lo fue.

—Diría que se confunde.

—Diría que no.

El hombre miró, con inquietud, hacia la puerta de los servicios.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—¿No me reconoce, Padre? Soy Alicia Duarte.

Se hizo un silencio largo como un Avemaría, antes de que él preguntase:

—¿Y qué diantres quiere de mí?

Olvidarle para siempre, quisiera.

—¿Que qué quiero? ¿De veras no se acuerda de mí? Porque yo sí que me acuerdo de usted, padre Nicasio...

El hombre la miró de tal modo que a Alicia le resultó obvio que, efectivamente, la recordaba.

—Quiero que me pida perdón.

El anciano permaneció mudo y desvió nuevamente la mirada hacia los aseos, de donde su mujer y su nieta ya estaban saliendo.

—¿Cómo pudo ser tan cruel? Era una niña, sólo un poco mayor que ella... —dijo Alicia señalando a la niña que, junto a la abuela, aún lejos, volvía sobre sus pasos hacia donde se encontraban ellos.

Las piernas separadas pidiendo estabilidad y la piel blanca, brillante de sudor, conferían a Nicasio el aspecto tétrico de un muñeco de cera.

—Pídame perdón, Padre.

El viejo se balanceó ligeramente hacia adelante y agachó la cabeza, como la última inercia de un tentetieso antes de detenerse definitivamente.

—Le odio tanto... No podía desaprovechar la ocasión de transmitirle todo el asco que me da.— pudo decir Alicia, por fin.

De repente, en un gesto absolutamente teatral, el padre Nicasio se agarró el pecho con ambas manos, emitió un jadeo entrecortado, y se dejó vencer, cayendo de rodillas delante de Alicia, en lo que a ella le pareció el retablo sublime de un perfecto acto de perdón. En unos pocos segundos largos como días, de las profundidades de su alma nacieron las primeras notas de una lacrimosa cargada de culpa y misericordia, e impregnaron una imagen que, por bien o por mal, Alicia nunca más olvidaría:

Lacrimosa dies illa / Qua resurget ex favilla / Judicandus homo reus.

Pie Jesu Domine / Dona eis requiem / Aaaaameeeeeennn.

Aquello, para el padre Nicasio, fue más bien fruto de la incomprensible acción de un puño invisible y despiadado que le retorció el corazón con creces. Todavía permaneció un momento de rodillas, mirando a Alicia con los ojos desencajados, hasta terminar de caer, de costado, al suelo.

—¡Nicasio!

Su mujer, avanzándose a la nieta, corrió hacia donde yacía el anciano, lanzando un alarido desesperado:

—¡Nicasio!

Se agachó y, con cuidado, como si temiese que el alma del desdichado se terminase de quebrar, le puso una mano en la nuca y la otra sobre el pecho. Acercó su cara, sofocada por la angustia, a la de él, y sintió que su marido se deshacía entre sus brazos como un cirio encendido en un candelabro.

Entonces fue cuando la anciana alzó la vista y clavó los ojos en Alicia quien permanecía inmóvil entre el corro de curiosos que se había formado alrededor de la escena, la mirada fija en las grandes y callosas manos que acababan de perder lo que les quedaba de fuerza.

—¿Quién eres tú?

Alicia caminó dos pasos hacia atrás mientras se encogía de hombros, negando instintivamente con la cabeza, antes de fundirse entre el gentío que intentaba abandonar el recinto. Al salir del teatro, sintió la brisa otoñal acariciarle las mejillas. Suspiró, incapaz de asimilar lo que acababa de ocurrirle. Claudia corrió hacia ella y se lanzó a sus brazos. Andrés siguió los pasos de la niña.

—¿Alicia, qué ha pasado allí adentro?

Eso es lo que yo quisiera saber, Andrés.

—Un infarto, creo.

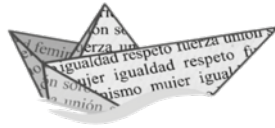
—¡Mamá, la plaza está llena de charcos! ¿Habrá habido tormenta mientras estábamos en el teatro?

Alicia se fijó en el color rojizo de la tierra mojada.

—¡Desde luego! Ya lo creo que sí...

—¿Mamá, y tú crees que la Cenicienta pudo perdonar a la madrastra?

Alicia cogió la pequeña mano de su hija y los tres comenzaron a andar. Claudia, sin esperar respuesta, pronunció un tengo hambre con todas las letras. ¿Tienes hambre? Si son sólo las... Alicia consultó su reloj de pulsera. Eran las doce del mediodía, sólo las doce. En un gesto espontáneo, miró hacia el suelo y se observó los pies. Constató que calzaba ambos zapatos y, exhalando un profundo y prolongado suspiro, levantó la mirada, de una vez por todas.



SEGUNDO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Hominidos

Patricia Guzmán Lacosta

Patricia Guzmán Lacosta

(Nacida en La Plata, Argentina- 1963)

Nació en La Plata, Argentina en 1963. Es profesora en Lengua y Literatura Inglesas de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Maestranda de la Maestría en Literaturas Comparadas de la Universidad Nacional de La Plata. Profesora de Nivel Superior en el Profesorado de inglés del Instituto Superior de Formación Docente N° 97 de La Plata. Participa del Taller de escritura de Argos Cultura en La Plata, Argentina desde hace varios años. Facilitadora de Grupos de Lectura en distintos ámbitos. Finalista del Premio Itaú de Cuento Digital 2015 y del I Concurso de cuentos impulsado por la Universidad Nacional de Moreno 2014, ambos de Buenos Aires, Argentina. Sus cuentos forman parte de distintas antologías: Porciones del alma de Editorial Diversidad Literaria, España, 2015; Entre lunas y soles de Editorial Dunken, Buenos Aires, 2015; Argos.20 Cuentos sin brújula, Vuelta a casa Editorial, La Plata, 2015; Cuentos Breves, Universidad Nacional de Moreno Editora, 2016.

Hominidos

SEGUNDO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Cuando nos comisionaron la investigación no sabíamos que iba a tratarse de una tarea titánica. Queríamos comprobar la leyenda que ya era historia; no había investigadora viva que supiera el origen de aquellas criaturas.

Teníamos que hacer trabajo de campo para localizarlos. Los últimos estudios databan de medio siglo atrás y los registros eran pobres y limitados. Nos habían otorgado los fondos de forma inmediata. La Junta Directiva decía que este era un proyecto como cualquier otro (por ej.: el del elefante albino o el mosquito asesino de California) pero nosotras intuíamos que tenía un carácter especial.

Nos dividimos las tareas de forma precisa; después de tanto tiempo de trabajar juntas conformábamos un equipo sólido y conocíamos nuestras fortalezas y debilidades. La Dra. Di Malfi sería nuestra líder, una mujer respetada en el campo de las ciencias y la investigación. El resto de las científicas nos dividíamos entre las teóricas y las prácticas, estas últimas nos trasladaríamos hacia el área salvaje. Provistas con equipos de última generación, nos despedimos de nuestras familias, no teníamos clara idea de cuánto tiempo estaríamos fuera de nuestros hogares.

Al llegar a donde localizamos nuestro objeto de estudio, instalamos el campamento base. Nos esperaban largas horas de observación y toma de notas.

A la mañana siguiente, cada uno de los equipos fue hacia su puesto asignado. Unos los observarían cuando salieran para pastorear de sus cuevas pequeñas o simples agujeros en el suelo, otros cuando estuvieran activos y otros cuando estuvieran durmiendo. Instalamos cámaras y nos aproximamos lo más que pudimos al objetivo, sin arriesgarnos a ser detectadas ya que, según la literatura sobre el tema, los sujetos podrían alterarse fácilmente.

Las primeras semanas no nos develaron mucho de su comportamiento. Se mostraban como criaturas de hábitos repetitivos, que pasaban gran parte del día comiendo la hierba que circundaba sus cuevas sin aventurarse más allá. Había poco contacto entre ellos. Los observábamos mayormente acostados, mascando alguna brizna de hierba o emitiendo sonidos con los labios redondeados.

Como nuestra investigación no estaba yendo a ningún lado, decidimos introducir algunas modificaciones. Los informes nos dieron como resultado que a los sujetos les gustaban los juguetes, especialmente con ruedas.

El mayor descubrimiento fue aportado por la introducción de una bola esférica de cuero con un perímetro de 70 centímetros, una masa de 410 gramos y presión de inflado equivalente a 1,1 atmósferas. El comportamiento de los sujetos fue llamativo. Por primera vez, los vimos juntarse en grupos y usando las extremidades inferiores, empujaban la bola con fuerza para que el otro sujeto repitiera el movimiento. Continuaron la actividad hasta el momento donde fueron a buscar hierba para comer, pero volvieron a la misma cuando ya se habían saciado. Durante los días siguientes, observamos que los sujetos marcaron un área de su hábitat en forma rectangular y se distribuyeron en dos grupos de once cada uno. Tenían lugares determinados, especialmente dos de ellos (uno por grupo) que se ubicaban en ambos extremos del rectángulo. La actividad continuó de igual forma por varios días. A la segunda semana notamos que cuando la esfera de cuero no era tomada por alguno de los sujetos parados en los extremos (los cuales, aparentemente, podían utilizar sus extremidades superiores para ello), el grupo opuesto se excitaba y emitía un sonido gutural que se asemejaba a la sílaba "go" con la vocal estirada. Algunos de ellos se tomaban por los hombros y gesticulaban hacia el grupo opuesto con salvajismo. El resultado de nuestras investigaciones nos aportó que, como especie, los sujetos eran capaces de ser sociables y también agresivos.

La Dra. Di Malfi presentó nuestros descubrimientos en las revistas más prestigiosas y en congresos internacionales donde se nos concedieron varios premios.

En el quinto mes de nuestro proyecto, decidimos quitarles la esfera de cuero. Inmediatamente, las observadoras informaron del cambio de comportamiento de los sujetos. Algunos recorrían el hábitat mirando hacia todos lados en lo que, dedujimos, era un gesto de búsqueda, otros se sentaron cerca de sus cuevas y sus ojos excretaron lágrimas.

“Sin el balón, el comportamiento de los sujetos volvió a ser perezoso. Se reconoció alguna señal de actividad compartida que terminó, en todos los casos, en violencia,” escribió la Dra. Di Malfi en el reporte mensual. “Se sugiere que los individuos necesitan descarga física.”

Después de varias reuniones donde discutimos las listas de posibilidades, consensuamos en introducir objetos de nuestra civilización (botellas, libros, lámparas, sillas) en el hábitat para ver la reacción de los sujetos. Las primeras observaciones nos dieron como resultado que se los tiraban los unos a los otros. En una reunión de urgencia, resolvimos reemplazar los objetos pequeños por algunos más pesados. Los sujetos los comenzaron a empujar, como habíamos hipotetizado en nuestro estudio preliminar y también se castigaban entre ellos mientras lo hacían. Decidimos quitarlos.

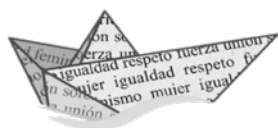
Con el paso de la temporada estival, notamos que los sujetos comenzaban a mostrar malestar en el exterior y pasaban más tiempo en sus guaridas. Habíamos instalado cámaras en sus pequeñas madrigueras, pero nos era de mayor valor investigativo que los sujetos salieran. Resolvimos ponerles ropa para que pudieran estar más tiempo en la intemperie al solo efecto de la observación. Las investigadoras encargadas de llevar a cabo el experimento reportaron que las partes movedizas de los cuerpos de los sujetos se meneaban frecuentemente haciéndoles difícil la tarea. Especialmente, cuando debieron ponerles los pantalones. Una de las investigadoras presentó un informe donde concluyó:

“Cuando intentábamos vestirlos ¡nos miraban con una carita!”

La Dra. Di Malfi hizo que la investigadora re-escribiera su reporte.

El proyecto se extendió por dos años. Al cabo de ese tiempo, no nos renovaron el presupuesto y debimos abandonarlo. No sin

pesar. Los sujetos de estudio se habían convertido en interesantes y teníamos la certeza que, dado más tiempo, podríamos haber conseguido más y mejores resultados. Estábamos convencidas de que si se nos hubiera otorgado un sujeto particular de estudio a cada una de las científicas asignadas al proyecto, hubiéramos cambiado el desarrollo de la investigación. Muchas de nosotras habíamos llegado a fraternizar con los sujetos. La hipótesis que pudimos alcanzar, aunque sin comprobar, fue que si bien en nuestra sociedad no tenían cabida por su comportamiento improductivo y anacrónico, no dejaban de ser criaturas interesantes que merecían un capítulo en los programas de divulgación científica, por lo menos. ¿Acaso no hemos hecho documentales exitosos sobre los erizos?



TERCER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

La rebelión de las niñas

Ainhoa Ollero Naval

Ainhoa Ollero Naval

Nació en Huesca en 1979, y tras pasar bastantes años en Barcelona, actualmente reside en su localidad natal, Monzón, donde ejerce de orgullosa madre de dos gatos. Es licenciada en Comunicación Audiovisual por la UAB y ha trabajado en el sector audiovisual y también en gabinetes de prensa, organización de eventos y redacción de contenidos. Su pasión es escribir y a eso está dedicando sus esfuerzos actualmente; es escritora de relatos cortos y poetisa en busca de editor y coordinadora de LA MADRIGUERA DE HISTORIAS, un punto de encuentro entre escritores y artistas gráficos que invita a visitar: www.lamadrigueradehistorias.wordpress.com

Ha obtenido varios premios literarios como el primer premio en el Concurso Internacional de Relatos a Farixa 2016 con su relato "Factoría de historias"; y en el Tercer Certamen de Micro Relatos Micro Rock, edición 2015 con su obra "La vocación de Anselmo Loser"; en el XXIV Premio Internacional de Relatos Cortos Ateneo de Sanlúcar de Barrameda, edición 2014 con su relatos "El primer contrato indefinido de Scherezade Storyteller"; y finalista del XIV Premio Internacional de Relato Corto Encarna León. También ha obtenido una veintena de textos finalistas, reconocidos con un accésit y seleccionados para publicar en certámenes de España, Latinoamérica y EEUU.

La rebelión de las niñas

TERCER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Aires de cambio flotaban en el ambiente. Las niñas correteaban revolucionadas por el patio del colegio como un hacendoso enjambre de abejas guerreras, o más bien como una mini horda de hunos salvajes que lucían coleteros de Hello Kitty y manchurroneos de chocolate en vez de pinturas de guerra.

De repente, las pequeñas alegrías de la casa ya no querían ser princesas sino "caballeras" que capturaban dragones u otro tipo de profesiones todavía pintorescas para una damita: se disparó el número de entrenadoras de fútbol, de ingenieras de puentes y caminos en ciernes, de aprendizas de novelista del género espada y brujería, de protésicas dentales armadas con pegotes de arcilla y alicates para sobresalto y terrores nocturnos de los monitores del recreo. Hubo hasta una que repetía, tozuda, que ella iba a ser capitana de la Benemérita, y es que la pequeña Angelita siempre tuvo mucho carácter, la mollera más dura que una placa de titanio y un vozarrón nada propio de una criatura de solo siete años.

Desde el estallido de la rebelión de las niñas, cuando se jugaba a las casitas, las tiernas criaturas hacían como que iban a trabajar y a la vuelta se enfadaban con sus maridos de pega porque para comer no había otra cosa que restos resecos del bollicao del recreo anterior y el cajón de arena seguía sin barrer. Se declararon en huelga de labores domésticas hasta que los chicos no aprendieran a realizar todas las tareas que para ellas eran tan naturales como respirar y que sus abuelas y madres dominaban hasta con los ojos cerrados. Así fue como Francisquito, de seis años y tres meses, cosió por primera vez un botón y tanto le gustó que no dejó de hacerlo hasta que llegó a ser estrella de la semana de la moda de Siracusa de Arriba. A partir de entonces, los botones los cosieron su nutrido grupo de ayudantes y ayudantas.

A las pocas semanas, y decididas a organizarse para que su revolución no quedase en mera cortina de humo, las niñas se reunieron en asamblea y votaron, entre otras medidas urgentes, terminar con la mayoría absoluta del rosa como color favorito universal entre las personas de género femenino de entre 0 y 14 años. A pesar del atractivo indiscutible que seguía ejerciendo dicha tonalidad, se decidió por unanimidad terminar con el monopolio del fucsia, el magenta, el rosa chicle, el rosa palo y demás parentela y reclamar a los fabricantes más artículos en tonos neutros e, incluso, en azul marino o verde militar (a petición de Angelita), y la reducción de los volantes, puntillas y lacitos que, en líneas generales, entorpecen el desempeño de las funciones propias de una “caballera”, una ingeniera o una capitana de la Benemérita. También se concedería a los niños el derecho a disponer del citado color rosa a voluntad y en condiciones de igualdad, protegiéndoles ante cualquier conato de mofa, befa o violencia física o verbal que pudiera producirse a raíz de la elección de tonos rosados para su vestimenta o complementos. Francisquito, que ya sabemos era un visionario de la moda, se alegró sobremanera.

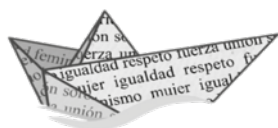
Asimismo, se decidió abolir la anacrónica figura de “reina del baile”. En lugar de someterse a las presiones de ese concurso de belleza y popularidad, a veces salpicado de cosas más feas como tráfico de influencias o ínfulas maternas, todas las niñas serían reinas por un día. Siguiendo un estricto orden alfabético, rubias y morenas, altas y bajas, gorditas y flacas, lucirían la corona por igual. Y las que no pertenecieran a ninguna de estas categorías, también, pues la belleza tiene múltiples formas y rostros y, en su mayor parte, anida en el interior y en los ojos de quienes miran.

Ya en casa, por las tardes, las niñas se entregaban a la ardua labor de convencer a sus madres de que no hacía falta ser perfecta y hacer mil cosas sin parar hasta caer extenuadas por la noche. El mejor regalo para la familia era que estuviesen contentas y relajadas. ¡A quién le importaba que de vez en cuando quedasen unos calcetines desparejados o comer las sobras del día anterior reconvertidas con un poco de imaginación!. Los superhéroes no existen, Superwoman incluida, y lo de los Reyes Magos tampoco

estaba muy claro. Corrían rumores intranquilizadores en el patio de recreo.

Y riéndose por lo bajini, mientras se tapaban la boca, porque ya se sabe que las niñas buenas jamás de los jamases dicen palabrotas, opinaban que este nuevo orden de las cosas era “coño-nudo”, que es lo que a partir de entonces iban a decir las chicas cuando algo les gustara mucho.

Por cierto, los niños buenos tampoco tienen que decir palabrotas. Jamás de los jamases.



CUARTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

La taza

Gema Otero Gutiérrez

Gema Otero Gutiérrez

Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Sevilla, Experta en Género e Igualdad por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y Máster en Dirección de Empresas de Economía Social.

Trabaja como Experta en Género e Igualdad y Coeducadora desarrollando acciones formativas, proyectos coeducativos y diseñando materiales didácticos para distintas entidades.

Autora de la Agenda escolar coeducativa para profesorado de infantil y primaria 2017-2018 y coautora de las guías didácticas; SuperLola, El placer de la Igualdad y del material didáctico Políticas Municipales para la Transversalidad de Género para el Instituto Andaluz de la Mujer. Creadora de los cuentos coeducativos "SuperLola" y "Lalo, el príncipe rosa", de La Señora Malilla, un proyecto profesional que tiene como objetivo la creación de proyectos formativos y creativos desde la perspectiva de género.

"Reconocimiento Lavanda 2016 por la Igualdad de Género" concedido por CC.OO de Andalucía. El 6 de marzo de 2015 es galardonada por el Instituto Andaluz de la Mujer con el "Premio Meridiana" a la mejor iniciativa en producción cultural por SuperLola y en 2014 con el "Premio a La Igualdad" del Ayuntamiento de La Rinconada por su contribución personal y profesional a la Igualdad de Género.

La taza

CUARTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Cada mañana me levanto cansada. Siento un dolor profundo y antiguo en mi columna. Estiro mi cuerpo mientras oigo el chasquido de mis huesos. Me miro al espejo y casi no me veo. Sigo el rastro de ropa sucia por el pasillo como si un animal hubiera mudado la piel de camino al cuarto de baño. Hay un gran charco de agua en el suelo y un fuerte olor a desodorante que inunda toda la casa. Me siento en el váter y cierro los ojos. Me gusta pensar que al abrirlos todo será distinto. Es un juego que me acompaña desde mi infancia aunque ya no tenga demasiado sentido.

Creo que si tuviera que volver a empezar de nuevo caería fulminada por un rayo interior. La casa parece un campo de batalla, a pesar de todas las horas que le dedico al día. Es como si construyera un castillo con mis manos y un enorme monstruo viniera, una y otra vez, a destruirlo con una sonrisa cruel en los labios. Voy a la cocina y veo una taza sucia con una colilla flotando en su interior. Vuelvo a cerrar los ojos aunque sé que esa colilla seguirá ahí hasta el final de los tiempos. Todo seguirá en el mismo sitio.

Mis tripas gruñen y decido hacerme un buen desayuno. El olor a café me devuelve a la vida y me hundo en el sofá mientras siento el calor de la taza entre mis manos. Saboreo el amargor del café en mi garganta y sonrío. Me gusta el silencio de las mañanas. Mi casa es un pequeño rincón al margen del mundo. Quisiera que este momento se hiciera infinito y que el sofá me engullera en sus entrañas para siempre.

Oigo el sonido de un mensaje en mi móvil. Hay un temblor conocido que recorre mis piernas hacia arriba y llega a mi pecho como un pequeño terremoto. No quiero leerlo. Siempre es el mismo. "Buenos días, princesa. Lo siento". Sé que la cuenta atrás ha empezado.

Regreso a la cocina y la taza sucia sigue en el mismo sitio. Puedo oler a tabaco mojado y siento un asco que va más allá de esa jodida colilla. Friego mi taza pero dejo la otra ahí. Tengo la sensación de estar ejerciendo mi dosis diaria de rebeldía. Mi pequeña revolución de hoy es una taza sucia que dejo como olvidada en la cocina. El móvil vuelve a sonar. Hay otro mensaje en mi buzón pero no me acerco. Mi rebeldía empieza a traspasar una línea invisible casi desconocida. Hay un nudo que crece en mi vientre y una sensación extraña en mis encías. "Si juego con fuego me quemaré" me digo en mis adentros.

Entro en el baño sorteando unos calzoncillos sucios y el gran charco de agua. Giro el grifo del agua caliente y entrego mi cuerpo a la lluvia. Cierro los ojos e imagino que la casa empieza a desaparecer lentamente como un mal sueño. Todo se desvanece y sólo queda esta sensación de calor y humo. El móvil vuelve a sonar más allá de estas paredes y ya no parará. Los mensajes volverán, uno tras otro, y mi casa será un clamor de sonidos que rebotarán en mi piel como piedras.

Me visto mientras miles de mariposas violentas revolotean en mi interior. Puedo oler el miedo que levantan con sus alas. Hoy mi rebeldía se ha vuelto demasiado osada pero sigo abstraída en los cordones de mis zapatos. Imagino que dibujo letras que nadie entiende con mis manos. Hay un rugido de mensajes y llamadas que vienen del otro lado del salón. Todavía estoy a tiempo de poner alguna excusa creíble y librar mis viejas batallas a solas. Me acerco lentamente al móvil y lo miro. Parece que fuera a estallar entre mis manos. Cierro los ojos de nuevo y pienso en la taza que me espera en la cocina. Dejo el móvil sobre la mesa y vuelvo en mí como si no existiera nadie más en el mundo.

Mi vientre sabe de miedos internos y también de vacíos. Tengo una sensación constante de ser vigilada por una mirada omnipresente. Siempre hay un gran ojo sobre mí que lo ve todo. En estos momentos hay alguien que me ve. Lo sé. Es difícil vivir con esa mirada perpetua sobre mi cuerpo. Salir a la calle no me libra de la gran mirada y no hay rincón que pueda escapar a sus garras. Mis amigas rara vez me llaman, tiraron la toalla mucho antes que yo. No puedo culparlas. No es fácil estar al otro lado

y presenciar mi descenso al centro de la tierra. Algo me dice que siguen ahí, al acecho, como escondidas, a la espera del grito de auxilio que las haga salir. Mi familia vive instalada en un protocolo decadente y absurdo. Abrazos, saludos, llamadas rutinarias y la eterna sentencia de que mi vida debe ser una cuestión privada entre él y yo. Cualquier amago de rebeldía por mi parte provoca miradas inquisidoras e incómodas. Existen silencios que te sacuden el corazón y la soledad viene a instalarse en él como un parásito.

Vuelve el rugir del teléfono, una y otra vez. Me acerco a él y compruebo que el tiempo pasa como si nada. "Veinte llamadas perdidas y diez mensajes". He cruzado una línea muy fina y nadie puede librarme de la tormenta que vendrá. Me flojean las piernas y decido sentarme. Ya no hay excusa creíble, ni palabra que pueda contener el ciclón de insultos y preguntas. Tengo mucho miedo y el dolor ha vuelto a aferrarse a mi columna. Doy vueltas por la casa sin saber muy bien por qué he decidido seguir con esta especie de revolución silenciosa. Nunca he sido una guerrillera de vanguardia.

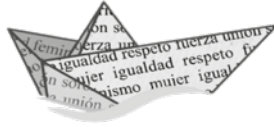
Me asomo a la ventana. La gente camina por la calle sin saber que me debato entre la vida y mi vida. La mesa vibra como si la tierra temblara al unísono. El móvil escupe llamadas mientras me abrazo como queriendo entrar en mí. "Treinta llamadas perdidas y veintidós mensajes". Me pregunto cuánta ira contenida puede haber en ese extraño aparato. Estoy convencida de que terminará reventando.

Recorro con una mano los libros de la estantería. Cojo uno al azar y lo abro. *"Cuando mis ojos flotan por la habitación como dos barcos perdidos en el mar, conozco las medidas exactas de mi cautiverio. Imposible escapar, por más cabezazos que me dé contra las paredes de esta caja; imposible llamar, para que me hagan compañía, a los fantasmas de ojos visionarios"*. Mis ojos también flotan por esta habitación como dos barcos perdidos y parece que Elizabeth Smart quisiera enviarme un mensaje oculto desde su *Gran Central Station*. Quizá mi miedo ha llegado hasta ella a través de estas páginas. Cierro el libro pensando que nadie puede conocer las medidas exactas de mi cautiverio. Ni siquiera yo misma.

El teléfono fijo se suma al estruendo de llamadas que azota mi casa. No hay tregua. Lo imagino nervioso por la oficina y con las manos aferradas al móvil como queriendo estrujarlo por la rabia. Me imagino a este lado, con la voz temblorosa y un hilo de calor húmedo que recorre mis piernas hacia el suelo inundándolo todo. El tiempo pasa y regreso a la cocina por un vaso de agua. Tengo una sed ancestral, como si llevara en mi cuerpo durante siglos. La taza me espera y resume un olor como a tasca barata. Hay algo muy fuerte dentro de mí que quisiera fregarla para eliminar cualquier rastro de culpa o miedo. Pero no lo hago y salgo de la cocina con la extraña sensación de que algo va a suceder irremediabilmente.

Acaricio con las yemas de mis dedos cada palmo de pared mientras camino por la casa. Me miro en el espejo de mi habitación pero esta vez hay una mujer que me mira. Abro el armario y empiezo a recoger cada vestido, cada pantalón y cada camisa. Una sensación de fatiga recorre mi cuerpo pero sigo adelante. Hay fotos que quiero conservar para siempre y otras que no volveré a ver en toda mi vida. Elijo mis libros antiguos pero dejo a mi querida Smart llorando sobre la mesa. Cada rugido del teléfono es como un golpe que va perdiendo su fuerza vital. Un miedo distinto va creciendo en mí pero sigo el camino de ropa sucia que ya no lavaré.

Desde la puerta puedo ver la cocina y la taza sucia que jamás fregaré. El móvil sigue con su lamento de animal herido y mis pies caminan hacia adelante. Doy un portazo reparador y salgo a la calle. Hay una vida que ya no es al otro lado de la puerta, y otra que comienza en este mismo instante.



QUINTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Invisible

Lola Fernández Estévez

Lola Fernández Estévez

Nació en 1960. Ha realizado estudios de Grado de Medicina Natural (CENAC) y Grado de Filosofía (UNED).

Ha obtenido el Primer Premio de novela en Editnovel, 2016 con *Tiempos de sal* publicada por la editorial Playa de Ákaba; audiovisual: <https://youtu.be/JDGrXUAlQOQ>; y el segundo premio de relato en el concurso Cortolectraje 2017 de Pábulo Editorial con el relato *La niña de la niebla*; audiovisual: <https://youtu.be/Zbo-bOAtCdMs>; ha sido finalista del concurso de novela Tandaia 2017 con la novela *Natica*

Invisible

QUINTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Sin levantar la vista me señala un asiento. La palabra «espere» sale de su garganta con tono militar, desprovista de cualquier atisbo de amabilidad. No me ha dado la opción de hablar, de comunicarle el objeto de mi visita a esta empresa. La severidad de su dedo índice ha conseguido intimidarme y le obedezco sin atreverme a más. Decido posponer las palabras hasta cuando su actitud abstraída me lo permita. Repaso mi vestimenta; creo ir bien vestida: traje chaqueta con falda decorosa y zapatos negros a juego con el bolso. Es cosa de mis eternas y secretas inseguridades las que afloran y vienen a decirme que quizás mi aspecto no siempre está a la altura de las circunstancias, aunque le debo a esta distorsión sobre mi imagen la fuerza para haber alcanzado una sólida formación intelectual: dos carreras universitarias y dos másteres; supongo que para compensar mi baja autoestima.

El halógeno, que ilumina de forma elegante el nombre de la empresa con letras doradas, le confiere a él un aspecto grasiento sobre una piel de poros dilatados y enrojecidos. Le calculo que debe de estar al principio de los cincuenta (una mala edad para buscar otro empleo), lo deduzco por los surcos casposos del entrecejo, la profunda comisura de los labios hacia abajo y algunas canas que resisten tiasas la disciplina del peinado. Su aspecto físico deja entrever que el trayecto no ha debido ser fácil. Así, descubro su lucha; hay un admirable esfuerzo por disimular la zona calva de la parte superior de la cabeza, el cabello del lateral izquierdo lo ha dirigido hacia el lóbulo de la oreja derecha, obligado por el poder de algún ungüento pegajoso. Hay en su cara, también, la intención de un bigote fino mal recortado.

En ese instante, como algo telepático, saca unas tijeritas y un espejo, y con esmero se dispone a podarlo hasta sus ínfimos aledaños. Con el filo de la tijera aprovecha cortar, además, los pelitos que sobresalen de la nariz. El material cae en forma de llovizna

casi imperceptible sobre un folio depositado en el mostrador. Desde mi perspectiva, en el asiento donde he sido confinada, es un espeso y oscuro punteado. Por el puesto que ocupa para su edad y queriendo ir más allá, aventuro mis propias conjeturas: solitario, acaso divorciado, con estudios medios abandonados, sin hijos...

Ahora, con un cortaúñas de múltiples accesorios, limpia sus uñas una a una, y lo extraído lo unta en el filo del mismo folio recolector de pelitos como quien engrasa con mantequilla una tostada. A pesar de la preocupación que demuestra por la higiene no tiene un aspecto pulido, debido, quizá, a la falta de plancha de la camisa, a la ausencia del botón del cuello y a otros dos botones a punto de evadirse de los ojales, de entre los cuales un enorme ombligo pugna por salir al mundo.

La protección que despiertan los desahuciados se establece en mi percepción hacia él y dejo la impaciencia a un lado, casi empieza a parecerme una experiencia antropológica. Intento relajar durante un rato el sentimiento de desprecio que me está demostrando desde que he llegado, hace ya una hora. Le doy pistas, ojeo varias veces mi reloj de pulsera con la esperanza de que la maniobra deje claro a su entendimiento que mi tiempo podría ser limitado. Pero su atención no se distrae de la pantalla del ordenador, suenan los tonos tintineantes de conexión a internet y deduzco que el trabajo que se trae entre manos debe ser absolutamente prioritario a cualquier otra circunstancia.

El teléfono fijo llama a su lado varias veces, pero los ojos perdidos en el infinito de la pantalla permanecen ajenos al obstinado timbre, me sorprende la impasibilidad de sus facciones a tan molesto ruido, y me pregunto cómo puede cohabitar con ese aparato sin haberle regulado la intensidad del sonido. Al fin des-cuelga cuando creo que la llamada está a punto de cortarse y le oímos decir:

—Recepción, diga. Sí, claro, soy yo, Agustín, ¿qué querías? No, aquí no ha llegado nadie, todavía no. Sí, te aviso sin falta en cuanto lo vea aparecer. Pues no, todavía no he desayunado, ya sabes que yo sin comer.... Nadie, que no, ¿vale? No te preocupes, estaré alerta.

Cuelga el teléfono algo entorpecido por el enmarañado de cables y retorna a sus quehaceres que parecen absorberle toda la concentración de la que dispone. Sigue siendo exclusivo objeto de su atención la pantalla extraplana del ordenador; sin embargo, su mano, ajena al interés de esa parte del cerebro, tantea un cajón y, sin dejar de mirar el monitor, coge algo que estira hasta romperlo y se lo lleva hacia la boca: es un hilo dental. El hilo es impelido entre el atasco de dientes, y olido; sospecho en la manobra el intento de cerciorarse de la eficacia de la tarea.

Toso, pero inmediatamente me arrepiento, su mirada fulminante lleva mi vista hacia el suelo, obligada por la expresión cruel de su gesto. Advierto una leve sonrisa de satisfacción, cercana al sentimiento de gloria que brinda el triunfo ante cualquier demostración de poder. Y percibo en su pretensión de higiene la necesidad de exorcizar de sí mismo el asco que le debe producir su propio ente; aunque también intuyo que ha llegado a comprender que nunca alcanzará la pulcritud que cualquiera le transmite sin esfuerzo. Le traiciona el gesto más insignificante, se le nota que la indolencia se quedó un día colgada a su espalda como un monigote y me pregunto qué cosa o situación en su vida le habrá llevado a adoptar estas maneras.

Pienso que la falta de atención hacia mi persona sea por algún problema de actitud hacia las mujeres, seguro fruto de experiencias infantiles desagradables, quizás una madre autoritaria y poco cariñosa, quizás un amor frustrado vivido con mucho sufrimiento.

Entra una joven con un vaso de café y una rosquilla, ella me mira y sonríe con un mohín de disculpa por no traer en la bandeja nada más que una taza. Eso me alivia y deshace la sensación de invisibilidad que poco a poco se está apoderando de mí, al menos hay alguien que certifica mi presencia.

Ávido, recoge el desayuno y lo deposita sobre el mostrador, insta a la chica a marchar con ligereza. Temo, sin un argumento sólido que avale mi tesis, que es para que no establezca conversación alguna conmigo, porque me ha parecido que la chica iba a despegar los labios y dirigirse a mí. Antes de desayunar, y en una demostración más de esmero, se alza las mangas de la ca-

misa, abandona su puesto de recepcionista y se dirige al lavabo, momento que aprovecho para estirar las piernas y acercarme a la pantalla del ordenador. Inmersa en una curiosidad impropia, ladeo mi cabeza sobre diferentes ángulos para intentar encajar cuerpos, brazos y piernas de varios señores y señoritas, vestidos con cuero negro armados con látigos, en las imágenes de la página que está abierta de internet. Dos señores más esperan con las posaderas en oblación y absoluta predisposición a su previsible destino.

Me sorprende de pie merodeando el mostrador y, con las cejas levantadas y el cuello y la barbilla adelantados, me remite al asiento con aspecto de no comprender mi audacia, parpadea largamente con toda la fuerza de su mirada sobre mí, luego inspira y emite un grupo de emes con los labios prensados. Le acompaña un gesto decidido sobre el ratón del ordenador y entiendo que acaba de cerrar la página. Muerde la rosquilla con pequeños bocados seguidos de libadas azucaradas sobre sus dedos, algunas migas caen en el folio y se mezclan con el resto de productos orgánicos cosechados a lo largo de la mañana.

En ese momento, justo al final del último bocado, se abre la puerta del ascensor y una fragancia capciosa me destensa: «Hola, señor González». El recepcionista atiende con amabilidad taimada al cliente, se deshace en halagos sobre la buena elección de la corbata y el estupendo color bronceado del hombre, para recordarle al instante, con tono sibilino, el Rioja que le había prometido a su humilde persona, disculpándolo inmediatamente por el vacío de memoria del señor, y ofreciéndole una salida airosa de promesa infinita sobre el débito: «En el próximo viaje será, señor González, faltaría más, no se preocupe».

Tras marchar el señor González entran dos mujeres, las remite a sentarse a los dos asientos que hay a mi lado, son atendidas con los mismos parámetros, protocolo de indiferencia y absoluta invisibilidad que a mí. El acopio de público no lo saca en ningún momento de su abstracción. De todo lo que le rodea solo un conjunto de folios sobre el mostrador adquiere, de vez en cuando, un atisbo de dinamismo al ser trasladados de una esquina a otra, ordenados con pequeños golpes de rectitud inherentes a una simulada apariencia de eficiencia.

Una de mis compañeras de invisibilidad, la más joven, se atreve a acercarse al mostrador y con indignación controlada, de forma rápida, antes de ser silenciada, le dice que pertenece a una agencia de publicidad y viene a entrevistarse con el nuevo director. El recepcionista la mira de arriba abajo, sopesa la calidad de los argumentos de una mujer extremadamente delgada, de apariencia frágil y pelo rojizo. La devuelve a la silla con un índice despreciativo, le hace saber que él no ha sido avisado de tal entrevista y ella debe esperar a ser llamada.

La señora, la mayor de las tres, ha intentado sacar su tarjeta de visita varias veces, pero ha recibido una orden tajante: dirigirse al asiento y permanecer callada. Me mira cohibida por el trato recibido, presiento que acaba de desechar cualquier intentona de comunicar el motivo de su presencia en esta empresa. Creo que las tres pensamos que con un poco de suerte aparecerá alguien que nos salve.

Empiezo a ver la escena en blanco y negro, colores que me remiten a los años de la posguerra española cuando las mujeres eran "Nada", un escalofrío me dice que salga urgente de la experiencia antropológica en la que estoy inmersa, la doy por terminada, además, entiendo que la mañana se puede convertir en infinita y se me ocurre sacar el móvil, y llamar a mi contacto para librarme del purgatorio al que he sido confinada junto a mis compañeras de cautiverio; pero mi teléfono no recibe ninguna señal. Las dos mujeres me imitan afanosas, ninguna consigue comunicación.

Veo el rostro del hombre llenarse de un halo de complacencia al contemplar nuestras infructuosas iniciativas. Nos dirige con un movimiento de cabeza mecánico a un letrero: "EN ESTA PLANTA NO HAY COBERTURA DE MÓVIL, DISCULPEN LAS MOLESTIAS". A las tres mujeres se nos caen los hombros, atrapadas en nuestra espiral de invisibilidad. En ese instante, entra un joven y pregunta por el responsable de personal. El recepcionista, tras ingerir un buche de agua de una botella de litro y medio, y limpiarse la humedad de los labios con las mangas de la camisa, le indica uno de los ascensores y el número de piso a donde debe dirigirse para tal diligencia.

Creo que las tres acabamos de pensar lo mismo a juzgar por las miradas que nos hemos cruzado: conquistar el ascensor y salir de este enquistamiento. Pero él, como si nuestras caras reflejaran pensamientos, sale con prisas de detrás del mostrador y, tras adecuar rápido los pantalones a su enorme abdomen, saca del bolsillo una pequeña llave y la introduce en un orificio, al lado de los botones del ascensor. Su sonrisa satisfecha lo dice todo, acaba de bloquear el acceso de subida a las plantas superiores. Después, desplaza ligeramente el mostrador para asegurarse controlar el paso hacia la escalera.

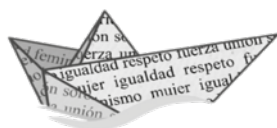
El teléfono fijo nos saca, a las que esperamos, de la apatía: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis timbrazos; sin prisas, contesta, solo oímos lo que él habla: «Recepción, dígame, Agustín al habla, ¿en qué puedo servirle? ¡Ah!, eres tú, pues no, todavía no ha venido. Sí, al fin y al cabo, todos los jefes son iguales y a este como a los otros lo vamos a meter en vereda. Ya has visto que te he enviado al señor González, ya sabes..., me debes lo que acordamos. Sí, claro, él ya se ha marchado. Pero no te hagas el loco, es un cliente con pasta, podía habérselo enviado a otro comercial y lo sabes perfectamente. Oye, que sé lo que hago, te crees que soy idiota para arriesgarme con un jefe nuevo. Vale, también estaré con cien ojos cuando llegue el inspector de hacienda. Te lo envío sin vacilar. Le pondré la alfombra. No me digas que te acabas de enterar de cómo es el nuevo jefe, venga, suéltalo. ¿Qué dices?, ¿es una mujer...?»

La palidez de Agustín crece a medida que supuestamente se agota la descripción. Hay un silencio expectante, ahora vivido por más personas convencidas de estar a punto de contemplar una deficiencia más administrativa. La señora que está a mi lado, ante la señal de debilidad del carcelero, se levanta y pone ante sus ojos la tarjeta que no le ha dejado enseñarle: Isabel Rodríguez, inspectora de hacienda.

Después, los ojos de Agustín se enfrentan a los míos, ya sin ninguna traba, como si alguien nos estuviera presentando en ese momento, tal parece que la descripción ha sido exhaustiva y encaja a la perfección con mi persona. Detecto que mi sonrisa le parece

amenazante. Su expresión corporal me transfiere la emergencia de transformarse en felpudo o en el cordón de mis zapatos, sus manos intentan aplanar más si cabe su enrevesado peinado, dos dedos rápidos y en dirección contraria, desde el centro, recorren el bigote para terminar con el inútil esfuerzo de intentar ordenar su desvencijada camisa.

Ahora, entre los dos, fluye una única línea de comunicación: el repaso de acúmulos y desaciertos de la mañana.



SEXTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

*¿Quién sabe lo que
traerá la lluvia?*

Rosario Galtier Vallejo

Rosario Galtier Vallejo

Veterinaria especializada en medicina del comportamiento y bienestar animal, y docente de cursos de formación profesional. Después de vivir fuera durante 13 años, hace 3 años regresé a Tenerife para abrir mi propio centro veterinario.

¿Quién sabe lo que traerá la lluvia?

SEXTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Tan sólo quedan dos días para la final del campeonato pero, debido a la alerta por temporal, el polideportivo está cerrado. Así que, aunque su madre le haya dicho mil veces que no puede entrenar en el sótano porque puede romper cualquiera de los trastos viejos, Virginia decide bajar a entrenar allí.

Por muy cuidadosa que sea Virginia, una pelota es una pelota y sus rebotes, cuando choca contra una pared de tablas de madera, suelen ser imprevisibles. Por tanto, no es de extrañar que, más pronto que tarde, una caja cayera al suelo tras ser goleada por la pelota.

Virginia, preocupada por haber roto algo de su madre, corre a recogerlo y guardarlo todo en la caja. Por suerte, no había nada de romper, son sólo papeles. Pero, cuando los está colocando, le llama la atención un viejo cuaderno, en cuya portada, a boli azul, se puede leer la frase "A quien quiera escucharme".

Como le pasaría a la mayoría de la gente, esa frase despierta en Virginia la curiosidad de leer. Abre el cuaderno y descubre lo que parece ser el diario de su madre cuando era pequeña. Empieza a leer y enseguida se percata que lo que tiene entre sus manos no es sólo un diario sino las respuestas a muchas preguntas que siempre se ha hecho sobre su madre.

En pocos minutos, el rostro de Virginia va cambiando a lo que parece ser una expresión de compasión. Al terminar, con lágrimas en los ojos, cierra el cuaderno y sale corriendo en busca de su madre, quien sigue trabajando en el taller de la buhardilla. Al llegar, abre la puerta, sin tan siquiera llamar y, sin darle tiempo a su madre a reaccionar, se abalanza sobre su espalda y le da un abrazo.

“Ahora entiendo por qué nunca hablas de los abuelos”, le dice mientras no deja de abrazarla. Su madre se da la vuelta sorprendida y descubre el viejo cuaderno en las manos de Virginia. Automáticamente, se lo arranca de forma brusca y lo tira a la papelería con el resto de desperdicios de su trabajo. Virginia lo recoge y lo coloca en las manos de su madre.

“Así no son formas de tratar a un viejo amigo, Mamá. Ahora que ya sé la verdad, me gustaría oírlo de tus labios”, increpa Virginia. Después de unos segundos de silencio, su madre se acerca a un viejo sillón al fondo de la bohardilla y le hace un gesto para que se siente a su lado. Abre el cuaderno y empieza a leer con voz temblorosa:

“Un día cualquiera.

Querido Diario:

En bastantes ocasiones quisiera ser diferente, tener el valor necesario para no dejar que la gente me arrinconen. Y la verdad es que me siento cambiar. Aunque puede que sea porque todo ha cambiado. Nada es igual que antes. Muchas veces pienso en todo lo que hay a mi alrededor y me da miedo. Pienso que, de repente, el mundo se ha vuelto loco. Aunque, otras veces pienso que, tal vez, soy yo la que se ha vuelto loca. Según parece, puede ser cosa de familia.

Hay tantas cosas que no me gustan en este mundo que si quisiera cambiarlas todas no me sobraría tiempo para nada más. Pero supongo que tengo claro por donde empezaría. Cambiaría el hecho de que ella ya no esté aquí a mi lado. Simplemente quiero ser feliz, me esfuerzo una y otra vez, y sólo recibo patadas, una tras otra, y no veo la hora de mirar a mi alrededor y, aunque sólo sea por un segundo, verlo todo bien, sin complicaciones.

Todas las mañanas temo por el día que empieza. ¿Qué pasará hoy? Cualquier cosa puede pasar en un día normal. Absolutamente todo puede cambiar en menos de un segundo. Eso lo aprendí el día que la perdí. El ser humano es totalmente inestable. Y sinceramente, cada día me doy más cuenta que no se puede confiar en nadie más que en uno mismo y, hasta en eso, hay veces que dudo. Yo misma me traiciono en los momentos

más importantes. Parece que me gustan las complicaciones, que soy yo quien las busca.

Puede que eso fuera lo que le pasó a mamá. Tal vez tengan razón los médicos y sus actos fueron fruto de su locura. Pero a medida que me hago mayor creo saber de dónde pudo nacer esa locura.

Hoy sería su aniversario.

Querido Diario:

Si un día ves a una mariposa volando en torno a ti, no le hagas daño. Tal vez ese animal sea yo y se haya cumplido mi deseo de poder huir de este lugar. En momentos como el de hoy me encierro en mi cuarto, miro por la ventana y sueño con poder estar en otro lugar, en otra vida. ¡Quisiera tener alas para salir volando de esta casa! ¿Cuándo podré dejar todo esto atrás?

Quisiera chasquear los dedos y aparecer, como por arte de magia, en cualquier otro lugar, siempre y cuando en ese lugar haya personas que me hagan sentir especial, querida, feliz y a gusto conmigo misma. Poder cerrar los ojos y sentir paz.

Quién sabe, tal vez la mariposa que ahora revolotea contra el cristal de la ventana sea mamá que viene a vigilar que yo esté bien."

Virginia nota que a su madre le empieza a temblar el pulso, por lo que decide cogerla de la mano. Su madre, la mira y le sonrío, mientras pasa la hoja del cuaderno y sigue leyendo:

"El día de mi cumpleaños.

Querido Diario:

Quiero llorar y no me quedan lágrimas, quiero gritar pero casi ni me sale la voz. Un nudo oprime mi garganta y un malestar general recorre mi cuerpo.

Quién sabe si dejaré atrás todo esto. Quién sabe si algún día esto no será más que un doloroso recuerdo. Pero, por desgracia,

¿Quién sabe lo que traerá la lluvia?

ese día aún está muy lejos y es ahora, en este momento, cuando duele, cuando las heridas no terminan de cerrarse. ¡Qué difícil es curar las heridas que no se ven, las heridas que no sangran! Cuando me he hecho daño en el colegio, los raspones desaparecen en unas semanas como mucho, pero ¿alguien sabe cuánto tarda en cicatrizar el alma?

¿Cómo es posible que una sola persona pueda tener tanto poder sobre otra? Es increíble pensar que, día tras día, tenga que soportar tanto. No creo que nadie se merezca nada parecido. ¿Cómo es posible que una sola persona, con tan solo una frase, pueda poner en duda todo un mundo de complejidad como es el ser humano?

Sinceramente no creo poder salir yo sola de esto. Y aunque sé que no estoy sola, muchas veces lo parece, ya que nadie me cree.

Sé que no puedo odiarlo, aunque quisiera. Le debo más que a nadie. Pero eso no le da derecho a hundirme. ¿Por qué? ¿Me lo merezco? ¿Me volveré loca? ¿Terminará algún día? ¿O me tocará a mí terminar con todo igual que hizo ella?"

Después de un minuto en silencio, Virginia recoge el cuaderno de las manos de su madre y continúa leyendo en su lugar:

"Hoy había fútbol, y yo no lo sabía.

Querido Diario:

En muchas ocasiones necesito el abrazo de un amigo para saber que todo mi mundo es importante para alguien, aunque solo sea para una persona. Me gustaría pensar que esto es solo una pesadilla, y tarde o temprano despertaré en un lugar completamente distinto.

Todavía recuerdo una de las últimas conversaciones que tuve con mi madre. Era una noche de tormenta, los granos de granizo chocaban con fuerza sobre el cristal de las ventanas. Ella sabía que me daba miedo la lluvia, así que decidió acostarse en mi cama y dormir conmigo. Recuerdo que, para consolarme, me dijo: -"Cariño, no debemos temer a las tormentas. El agua que

cae del cielo nos la manda la madre naturaleza para llenar el mundo de nuevos deseos. ¿No te has dado cuenta que cuando termina de llover aparece el arcoíris? Es la luz de los deseos que se han cumplido. Por tanto, ¿quién sabe lo que nos traerá mañana la lluvia?"

Pero quien puede asegurarme que superaré esto, que algún día estaré lejos de aquí, sin miedo a la tormenta. ¿Quién puede? Lo triste es que nadie puede."

Parece que escuchar sus propias palabras en boca de su hija la reconfortan. Se limpia las lágrimas de los ojos, recupera su cuaderno y sigue leyendo:

"Qué importa que día sea hoy.

Querido Diario:

¿Qué tiene de especial una ventana? Sólo son cuatro trozos de madera y un cristal. Aunque para mí es mucho más. Es la puerta de salida. La salida de emergencia de la casa del terror. La puerta por donde llegará Peter Pan para llevarme lejos de aquí, a un país mágico, donde poder ser yo misma sin temor a ser juzgada.

Cuando miro por esa ventana me siento libre, relajada. El tiempo se congela y sólo quedo yo, y es entonces cuando pienso, "o sales tú sola de esto o nadie lo hará por ti". Si ni yo misma me conozco bien, los demás menos. Nunca nadie podrá saber los mil pensamientos, contradictorios algunos, que me invaden en esos momentos tan duros como los de hoy.

Algo que he aprendido en estos años es que hay circunstancias en las que no importa todo lo que te esfuerces por mejorar las cosas. Hay cosas que nunca cambian y, por más que queramos y luchemos, todo esfuerzo siempre será en vano.

A estas alturas, creo que probablemente algo similar fue lo que acabó pensando mamá. Y aunque cada vez soy más consiente de la realidad, prefiero seguir pensando que fue Peter Pan quien vino a por ella aquel día que salió por la ventana y aún me espera en el País de Nunca Jamás.

¿Quién sabe lo que traerá la lluvia?

Un día más, de un mes cualquiera, de cada año de mi vida.

Querido Diario:

La mayor parte del tiempo me siento confusa. Sé que las cosas no deberían ser así, o eso espero. Supongo que toda niña sueña con su historia, la cual será perfecta, por el simple hecho de que es lo que ella quiere, y con eso debería bastar. Si contara todos los sueños que me invaden desde niña no acabaría nunca. Pero de lo que si estoy segura es que jamás habría soñado esto.

Ahora sé que los sueños no se cumplen, eso lo dejo para otros. Después de estos años, por fin sé que los cuentos de hadas se escribieron para otros y no para mí.

Intentar olvidar no es nada fácil y más cuando siempre se repite la misma historia. Llega un momento que hasta el vaso más grande termina por colmarse. Llegado ese punto solemos caer en la más profunda desesperación.

Por otro lado, me había hecho a la idea de que yo era la víctima, pero que eso no sería por mucho tiempo. Y la verdad es que la mayoría de los días puede parecer así, pero hay una mínima parte del resto de los días que ocurre algo extraño, esos días veo con más claridad que todos podemos ser víctimas y verdugos.

La mayor verdad de todas es que tengo miedo de que pase el tiempo y seguir aquí dentro, o peor aún, que haya sido demasiado tarde y yo sea igual que él."

Virginia nota como el tono de voz de su madre cambia al leer esta última frase. Y mientras la mira, le da un beso en la mejilla y le sonrío de forma cómplice. Ambas saben que esa última frase no es cierta. Su madre le devuelve el beso y sigue leyendo:

"Hoy, por fin, es diferente.

Querido Diario:

Como sabes, hubo un tiempo en que desconfiaba hasta de mi sombra. Me habían cerrado tantas veces las puertas que prefería no intentar abrir ninguna otra y no llevarme más golpes. Pensé que dar la apariencia de fría y distante serviría para dejar

los problemas a un lado. Pero no funcionó. Me di cuenta que cuanto más sola estaba, más fácil me hundía. Ya que año tras año, la lluvia lo único que traía era agua, mientras mis deseos seguían sin cumplirse.

Pero decidí que tenía que salir de aquellas arenas movedizas que tenía como hogar, mientras transcurrían los días consumiéndome poco a poco.

Fue pasando el tiempo y de pronto, sucedió. Anoche, durante la tormenta, sonó el timbre de casa, era el tío Pedro. Papá ha tenido un accidente en el trabajo, está en coma y los médicos no saben cuándo despertará. Aunque no fuera por la ventana, mi Peter Pan, por fin, ha venido a por mí."

Mientras pasa la hoja del cuaderno, su madre se sonríe para sí misma y le cuenta a Virginia que ese día, mientras preparaba las maletas para mudarse a casa de sus tíos, al mirar por su ventana, vio el arcoíris en el horizonte. Y Virginia recordó las palabras de su abuela "¿quién sabe lo que nos traerá la lluvia?". Su madre repite esa misma frase en voz alta y continúa leyendo:

"Ya no importa qué día sea hoy.

Querido Diario:

Me encantaría que no existiera el tiempo. Quisiera poder parar el tiempo. Quisiera parar el transcurso de mi vida por un tiempo. Poder dedicarme a vivir sin complicaciones.

Me siento envejecer. Creo haberme perdido en la profundidad de la rutina. Echo de menos salir a dar un paseo sin rumbo, jugar con la arena entre mis dedos. Ver como el sol se reencuentra con el horizonte tras un largo día. Dormir bajo las estrellas. Sentir como las olas acarician mis tobillos junto a la orilla. Tumbarme sobre la hierba, cerrar los ojos, respirar profundo y dejar a un lado todos los problemas. Sentarme en un banco, contemplar a las personas pasear, mirarlos e intentar adivinar lo que pasa por sus mentes.

¿Quién sabe lo que traerá la lluvia?

Simplemente descubrir cada día la felicidad de estar viva ahora que por fin soy libre.

Ha llegado el día.

Querido Diario:

Ha ido pasando el tiempo, y he aprendido a sonreír de nuevo. Mis tíos saben toda la verdad, y me han animado a buscar ayuda. Poco a poco estoy en otro sitio totalmente nuevo para mí.

El barro ha quedado atrás, ya no hay ningún rastro de aquella lejana pesadilla, pero presiento que algo ha salido mal. En el fondo de mi alma sigo notando el miedo, la angustia. En el silencio sigo oyendo los gritos. ¿Qué pasará cuando él despierte? Le quiero y, realmente, quiero que despierte pero tengo que aprender a quererme más a mi misma.

Tal vez en ese momento vuelva a buscarte para que me hagas compañía. Pero hasta que llegue ese día, me toca despedirme de ti. ¡Gracias por acompañarme todo este tiempo, amigo mío!”

Virginia contempla en silencio cómo su madre mira a través de la ventana de la buhardilla. Su madre se vuelve hacia Virginia, suspira, cierra el cuaderno y le dice “y, finalmente, la lluvia os trajo a ti y a tu padre”.

A lo que Virginia le contesta: “¡No mamá! La lluvia te trajo la oportunidad de descubrir quién eres en realidad, quién estabas destinada a ser. Nosotros sólo somos el resultado de ese deseo cumplido”.



Santa Cruz de Tenerife
AYUNTAMIENTO